

CUENTOS DEL PARAÍSO DE LAS ISLAS
14-1.1:
Carla Canon
de viaje roquero antiguo

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libros: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 15/06/2024
Número de páginas: 16
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del
Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS), bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Carla Canon de viaje rockero antiguo



Ya se notaba el invierno en la ciudad del interior, y Carla Canon, en plena recta final de trabajo de grupo, se comenzaba a sentir fatigada.

Realmente, el sistema no es más que una determinada organización social. Es su base y su cimiento, si no la misma cosa; lo demás – esas aventurillas financieras asesinas tantas veces – no era más que algo anecdótico, florecillas estacionales. Un sistema no cambia si no cambia la organización social, las relaciones de la gente, básicas para sobrevivir. Y a ser posible, también disfrutar, gozar de la vida.

Su última visita a los nuevos campamentos de refugiados orientales la había dejado triste. ¡Tantas interferencias malintencionadas!

El sistema se estaba autofagocitando, absolutamente insensible a las desdichas de una gente cada vez más famélica y enloquecida. No daban abasto con las acciones más imaginativas para parchear tanto desastre. Y eran desastres sistémicos, disparates provocados por el sueño de la razón, que decía aquel pintor ilustrado, hombre de frontera.

La nueva organización social está ligada, como uña y carne, a los nuevos nomadismos. O se priman como inversión prioritaria, como gran inversión al fin, a los intersticios de nomadeo, esos centros de acogida o protección, formación o clasificación, y redistribución o centrifugación de la gente y los recursos, o no hay nada que hacer y el resultado del hundimiento provocado por la autofagocitación se convertirá en el caos de la antropofagia más ruda.

La historia de la gente se ha narrado mal y se continúa narrando mal. A pesar de todos los esfuerzos, sigue dominando el relato de la realidad como un proceso de consecución de resultados económicos y tecnológicos, cada vez más cuantificados, que devoran los relatos de la realidad como resultado político con objetivos sociales justos y bellos. Utopías macabras versus utopías libertarias por liberadoras de la gente en movimiento.

1

Carla se desesperaba con las interferencias continuas de las noticias de actualidad –desmantelamientos de redes de seguridad social y recreación de estructuras financieras cada vez más centripetadoras, por ejemplo – contrarias a los resultados analíticos de las investigaciones de su grupo sobre las formas de refuerzo de los intersticios de nomadeo cada vez más empobrecidos, comenzando por su propia universidad, el intersticio de nomadeo que parecía que se había reforzado más en los últimos años, y en el que se refugiaban los sectores juveniles más inquietos, animosos y preparados.

Como ella misma, al fin. No sabía cómo expresarlo, o narrarlo, mejor. Necesitaba airearse un poco y llamó a Cortado Bacalaero, pues se enteró de que había llegado a la ciudad del interior de su último periplo por campamentos de refugiados con el Rincón, con quien formaba ya equipo estable.

- ¡Hola, Carla! Qué alegría escuchar tu voz. Me coges preparando viaje rockero antiguo por carretera, con un grupo de antropólogos asiáticos y un primatólogo de aquí. Si quieres, puedes apuntarte y me echas una mano.

A la Carla le pareció muy buena idea. Los viajes rockeros del Bacala, como le decían ahora a Cortado Bacalaero, siempre terminaban siendo estimulantes. Le extrañó lo de los asiáticos.

- Es muy sencillo – le explicó Cortado -. Se ha puesto de moda en China, Corea y Japón estudiar manifestaciones culturales y juveniles de la transición esteparia a la democracia, la que llaman cultura setentera o transicional, pues aparecen en su sociedad actual manifestaciones muy similares a las de aquellos años aquí. Y ahí los tienes, conciencudos como ellos son, buscando pistas, asesores y experiencias. Uno de sus tutores recomendó a un grupo que hicieran un viaje rockero antiguo con la agencia que monté hace tiempo y que se especializó en ellos. Al saber que yo andaba por aquí unos días, me convenció el Tote, que es quien la coordina ahora, para que hiciera uno cortito con tres asiáticos, creo que un chino, un coreano y una japonesa, en la turbo-diesel rojinegra antigua, que ya está convertida en una reliquia o tótem de la agencia. Lo primero que hicimos fue elegir la música. Si te gusta, te vienes. Hay sitio.

La Carla no se lo pensó dos veces, y allá que se fue con ellos.

2

El viaje rockero antiguo, tal como lo planteaba el Bakala, era de lo más simple: un grupo de gente, a ser posible colegas o amigos, en un automóvil potente y con buena instalación de sonido, una buena selección musical y una distancia a recorrer en unas ocho o diez horas como máximo, con una o dos paradas durante el transcurso del viaje. Y nada más.

Cuando al Perico Rincón y al Cortado se les había ocurrido montar una agencia sencillita para ofrecer los viajes rockeros como opción a la gente de paso por su intersticio de nomadeo universitario, cuando aún eran estudiantes, fue un éxito inmediato, y enseguida se corrió la voz. Ahora era el Tote quien había sustituido al Cortado Bakala al frente de la agencia, y estaba preparando a otro para que le sucediera, pues terminaba sus estudios y comenzaba sus viajes de conocimiento y de contactos y con grupos de trabajo de otros intersticios; con lo que debía abandonar, por ello, la gran ciudad esteparia del interior.

La llegada de Cortado le vino al Tote como anillo al dedo. Por un lado, su antecesor en la agencia era un experto en esa música rockera antigua que le pedían los tres orientales, pues los más jóvenes choferes habían desarrollado otros gustos que ya nada tenían que ver con aquello; en ese momento lo que primaba eran cócteles sonoros de dj con mezclas de infinitas posibilidades, identificadas con inextricables denominaciones: rock alternativo, indie, dance, Indie-Dance, Alternative Dance, Indie-roch, new wave, synthpop, kraut, minimalistas, trance, house, soul, techno...

Se podrían añadir innumerables tipificaciones, todas a su vez intercambiables a gusto de dj, de los nuevos magos...

- Podías intentar rehacer aquel viaje rockero que hicisteis el Perico Rincón y tú con el rector JB, y que publicó luego la Murrús y su grupo como “el ascenso del Sella”... -le había tocado una fibra sensible al Bacala, que se extrañó de que no lo tuvieran registrado ya. – Podía ser divertido, ¿no te parece?

Y al Bacala, como no, le pareció muy bien. Enseguida montaron la música, en torno a un trío mítico tanto para el Bacala como para el Tote: El Evaristo de la Polla, el Iniesta y los Guajolotes. “Carcelero, que tengo hambre...” era el grito guajolotero que iniciaba el concierto: “Esta cárcel de exterminio, que tortura y asesina, vuelve locos a los hombres y la vida hace enfermiza. Entre rejas y garitas, no hay lugar para el amor...” Era un arranque magistral y los asiáticos iban a flipar en colores. El Bacala le explicó al Tote que, para esos orientales, por experiencia sabía que era fundamental proporcionarles las letras de las canciones impresas en papel, pues si no era así te fastidiaban el viaje con sus preguntas. Las consultas había que dejarlas para las dos paradas que se pudieran hacer, para comer y para estirar las piernas. “Vuelen, vuelen, gavilanes, a pelear por la razón. No es vergüenza ser bandido si se roba al que es ladrón. Vuelen, vuelen, gavilanes, y no dejen de pelear, que la suerte de los pobres en sus manos va a quedar”. Al Tote, como al Bacala, todavía le conmovían aquellas canciones airadas, radicales y mestizas, que luego iban a mutarse en emocionantemente bailonas por arte del mago Manu Chao... Tal vez, como remate o fin de fiesta, para el último tramo de viaje de regreso, podían incluirle a los orientales en el viaje rockero antiguo un poco del Manu Chao más jolgorioso.

Cuando el Tote supo que la Carla Canon se incorporaba al viaje, tampoco él se lo quiso perder y se apuntó a su vez, tras solucionar un compromiso anterior que le apetecía menos cubrir. En total, iban a ser seis los viajeros, pues, o siete, con el primatólogo, con lo que Tote debió sustituir la turbo-diesel rojinegra prevista, en donde no cabían todos, por uno de los modelos de furgona, con una excelente instalación de sonido, que acababan de adquirir en la agencia para grupos más numerosos, de hasta una docena de viajeros.

A la Carla le interesó el programa musical, todo un clásico de los viajes rockeros que ella recordaba. “Si se escapa el tren, yo me voy andando. Si se escapa el tren, me voy paseando”, terminaba la canción que mejor recordaba, con un eslogan que siempre cantaban a viva voz los viajeros rockeros en sus tiempos: “¡Qué difícil es vivir, poder aguantar a esa panda de cabrones con cara de liebre, por no andar fino y al loro para no resbalar...!” El subidón del voceo coral a ciento cincuenta por hora por la autopista y estimulados,

la juventud perentoria, impaciente y animosa. Tiempos de transición, anómicos y juguetones, reino del azar, instantes fundacionales. Una sensibilidad a flor de piel y muy gritona, lúcida y desnuda.

Uno de los antropólogos orientales, por otra parte, era una vieja conocida de Carla, la japonesa Yamamoto Kat, y eso le confirmó que había hecho una muy buena elección para el tiempo de la distensión que necesitaba para airearse un poco. A la Yamamoto no le interesaba en absoluto, como le confirmó a la Carla, el contenido literario de las canciones de la audición del viaje; ni siquiera tomó el cuadernillo que les tenía preparado el Tote. Ella era documentalista audiovisual digital y ambientalista; su equipo de registros era refinadísimo y se lo acoplaban a medida a su capricho los mejores fabricantes del mundo de la tecnología audiovisual y digital, coordinados con los más avanzados diseñadores de moda robotkópica, como los comenzaban a llamar por entonces de cachondeo.

Los otros dos antropólogos orientales, Chin y Hyunjin, chino y coreano, eran más convencionales, con sus grabadoras digitales y cuadernillos de notas, las mochiletas y las gafas de sol. Parecían periodistas primerizos, y a la Carla la enternecieron con sus gestos exagerados de asentimiento, de sorpresa y de interés. A su lado, la Yamamoto parecía una ciber-modelo robotkópica de revista de moda, con aire manga, con un atuendo ajustado y roji-negro con sus antenitas, registradoras y cámaras móviles estilizadas que en la mochileta incorporada al corpiño le daban aire de erizo de larguísimas patas brillantes rojas. Un casquete negro, con auriculares prominentes y apuntados en lo alto, y una suerte de antifaz rojo en el que se adivinaban algunas de sus cámaras y registradoras de sonido más eficaces, ocultaban casi por completo su rostro, salvo su nariz respingona y su boca grande y expresiva.

Yamamoto estaba magnífica, en su plenitud vital. Cuando supo del proyecto de viaje rockero de los dos antropólogos orientales, se apuntó de inmediato al grupo, y le explicó al Tote que su objetivo era no perderse un instante del proceso de choque de aquellos chicos con la música setentera transicional de la ciudad esteparia que ella había conocido por viajes anteriores y que recordaba como ambiente sensorial global eufórico para cargar pilas en el tiempo de la distensión. Como siempre – y así lo recordó Carla, nada más ver a la japonesa, de veces anteriores – a Yamamoto Kat no le interesaban las racionalizaciones, sino sólo las impresiones o sensaciones experimentadas durante una acción; por ello, era incapaz de narrarlas y, sin embargo, en sus filmaciones y registros estaba todo, desde la atmósfera global con tomas panorámicas, hasta la anécdota o el detalle ornamental, y hasta el susurro o la confidencia captada por el micrófono más personalizado. No narraba, mostraba. Simple portadora de avisos que luego el grupo que lo deseara, y si era el protagonista de la acción mejor, debía interpretar o narrar. Ya era un clásico, la Yamamoto, y por ello la mimaban tanto todos. Y por eso iba por la vida como una maniquí de moda, elegantísima siempre, todas sus antenitas,

registradoras y filmadoras desplegadas como una Gran Medusa de la mitología clásica antigua. Cuando extendía sus brazos como en una danza tribal, sus anillos, pulseras y remaches de codos y hombros, captaban un mundo panorámico que luego registraban los receptores especializados de su rebequita documentalista y de los servidores alojados en su cinturón robotkópico rojo burdeos y anaranjado. Una belleza oriental. Postmoderna, absolutamente contemporánea, que decían los...

3

El primatólogo, que se les unió a última hora, cuando ya pensaban que no iba a comparecer para el viaje, era un chaval larguirucho, moreno y rizado, al que el Tote llamaba el Testa. Eran, al parecer, colegas de otros grupos de trabajo, de la misma edad, en la veintena, y se había apuntado al viaje al saber que irían dos antropólogos orientales; participaba de un grupo de reflexión sobre la cultura, así en general, y tenía ganas de intercambiar con ellos algunas ideas peregrinas de las que siempre se presentaban en los debates de su grupo de trabajo. Conocía a Carla Canon de algunas fiestas de esa temporada, en particular de la presentación última del informe sobre los campamentos de refugiados de Siria, y la saludó efusivamente, mientras le recitaba una expresión que recordaba de aquel acto: “Fronteras de la patria o de la nación, fronteras por educación o por elección, fronteras por sentimiento o instinto o sugestión, o por fatal destino o trágico azar”. Bromeó con el Tote, saludó a Chin y a Hyunjin y, al entrar en la furgona por la puerta corredera lateral, se topó de bruces con Yamamoto Kat, que se había instalado ya con sus equipos en el asiento corrido del fondo del vehículo.

- ¡Hostias, un robotkópico! – le salió a Testa del hondón de su asombro, casi susto.

Yamamoto Kat apuntaba a Testa con el índice de su mano derecha dirigido a la frente, mientras con el brazo izquierdo también extendido, pero en ángulo recto, lo tomaba de costado, los cinco dedos abiertos para abarcar mayor perspectiva para sus tomas y filmaciones. Cuando ya estuvieron todos instalados en la furgona, la japonesa le mostró a Carla el resultado de las tomas principales de su encuentro con ella y con el Testa, en el que las palabras de éste, “Fronteras de la patria o de la nación, fronteras por educación o por elección...”, acompañaban como un susurro a las imágenes de sus efusiones y el gesto final de sorpresa de Testa al toparse inesperadamente con la japonesa. Un prodigio de expresividad el resultado. Todos estuvieron de acuerdo, cuando lo vieron, antes de iniciar el viaje, en que el informe de la Yamamoto sobre el viaje mismo era lo que más deseaban como objetivo del viaje que iniciaban. El juego comenzaba. Había comenzado ya.

Tote al volante estaba contento, con el Bacala al lado, en el asiento delantero, encantado al mando de la programación del recital que comenzaba con el grito guajolotero: “¡Carcelero, que tengo hambre!”. Chin y Hyunjin se acomodaron juntos en la primera fila de los asientos,

atentos a música y paisaje, el cuaderno al lado, la grabadora y la guía literaria que ya tenían muy subrayada. Carla Canon y Testa se habían ceñido a un lateral de la tercera fila de asientos, detrás de los orientales, para dejar a Yamamoto todo el espacio restante de la furgona para su movimiento y evoluciones, pues la chica robotkópica no paraba de moverse y gesticular. Ya de regreso, al visionar las tomas, vieron que había registrado perfectamente hasta las notas de trabajo de los chicos orientales.
La gran espía.

La primera media hora de viaje transcurrió por paisaje urbano, cada vez más suburbial, y luego por descampados hasta la incorporación a la autopista del norte. Luego todo fue, estepa adelante, hacia una línea cada vez más horizontal del horizonte en el interior de una atmósfera sonora cada vez más enervante. Además, y eso fue una novedad imprevista que sorprendió de manera desagradable, a la vista de sus gestos, a los chicos orientales, Tote y el Bakala no dejaron de fumarse humeantes canutos de hierbas entre aromáticas y apestosas. “Es un elemento importante del rito”, se limitó a comentar el Bakala. Entre risas, explicaciones de contenidos literarios, bises de fragmentos más expresivos y conversación, se pasaron las primeras cuatro horas de viaje, autopista adelante, omnipresente Yamamoto con sus gesticulaciones ritmadas. Tras la juerga gaujolotera, los rugidos y el descaro del Iniesta de Extremoduro dejó aturdidos a los chicos orientales, excitadísima a Yamamoto Kat y muerta de risa a Carla Canon que, al final, se apuntó también a los canutos que le pasaba el Tote y contribuyó así a hacer más irrespirable aquella atmósfera atronadora y viciada del interior de la furgona. “Vivir a la deriva... sentir que todo marcha bien... Volar siempre hacia arriba... Pensar que no puedo perder...” De la japonesa sólo se identificaba la boca en su rostro, pues la nariz respingona había desaparecido bajo una mascarilla roja, a juego con su antifaz, que la protegía de la humareda. “Sentir que no sé qué hago aquí...”

En la última hora, después del Iniesta fue el Evaristo de la Polla Records el que terminó de emborrachar a todos con sus gritos desgarradores y airados. “Queridos amiguitos, en este mundo, todo está bajo control... ¿Todo? No...” Los trallazos punk de la batería y guitarra aporreada y los rugidos del cantante – “No somos nada”, “Somos los nietos de los que perdieron la guerra civil”, “Lo llaman democracia y no lo es. ¡Mierda!” – se convertían en advertencias polisémicas que hacían que los dos jóvenes antropólogos orientales llenaran de interrogantes sus notas literarias... “Quieren identificarnos, tienen un problema”, “Vosotros veréis qué hacéis, nosotros ya veremos...”, “Ellos dicen mierda, nosotros amén, amén, a menudo llueve...” Carla Canon se había quedado pensativa, algo aturdida, y a menudo se le llenaban los ojos de lágrimas. “Y yo no quiero callarme”, gritaba el Evaristo.

Cuando los dos chicos orientales, Chin y Hyunjin, comenzaron a tener frecuentes ataques de tos y problemas para continuar con sus anotaciones, Bakala juzgó que era el momento de hacer la primera paradita. Era, además, la hora de comer.